

*nocturnas*" (pág. 11), o símiles como éste: "Más tarde los policías despanzurraron de un balazo el candado, *gordo como una tortuga*" (pág. 11). "...con el mismo juego de llaves, que en el momento de su muerte eran delgadas ya, *como hostias de cobre*" (pág. 14).



También son muy utilizados los epítetos, no sólo para referirse "al que se esconde entre las plantas". Al hablar de Pilar dice: "Pilar, la que se parece a un ave"... (pág. 10).

*Los caballitos del diablo* es una novela con una estructura bien armada, en la que se pueden identificar los recursos utilizados para producir los efectos deseados: epítetos, símiles, párrafos que se repiten como un estribillo pero con ligeras variaciones, la voz de la madre que aparece cada tanto, etc. Es una novela escrita con una aparente sencillez, también en el lenguaje, pero detrás, en un estrato más profundo, se esconde un mundo extraño, misterioso, encarnado sobre todo en las personalidades de los dos miembros de la pareja y en su encierro. La caracterización de los personajes logra darle a la novela un matiz psicológico que deja pensando al lector en las diversas interpretaciones que se le puede dar a esa hermética pareja alcanzando un nivel simbólico que enriquece la obra.

Tomás González ha publicado otras novelas, como *Primero estaba el mar*, *Historia de Horacio*, y *Para*

*antes del olvido*, ésta última ganadora del V Premio Nacional de Novela Plaza y Janés, 1987. También tiene una colección de cuentos titulada *El rey del Honka Monka* y el libro de poemas *Manglares*.

BEATRIZ HELENA  
ROBLEDO

## Es del tipo de libros que uno disfruta con gran placer

### Malena

Miguel Méndez Camacho  
Alfaguara, Bogotá, 2003, 285 págs.

Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, 1942) ha sido conocido en nuestro medio sobre todo como poeta. En el género poético ha publicado varios títulos: *Los golpes ciegos*, *Poemas de entrecasa* e *Instrucciones para la nostalgia*. Es abogado, ha sido alcalde encargado de Cúcuta, profesor universitario, periodista y diplomático. Tiene también dos libros de artículos, crónicas y reportajes, *Papeles* y *Perfil y palote*, que ha reunido y ampliado bajo el título de *La alegría de escribir*. *Malena* es, según se nos informa en la solapa, su primera novela.

Malena Figueroa es una muchacha colombiana, de una población ficticia —San José de los Vientos, o de los Infiernos—, en la que reconocemos a Cúcuta, que llega al balneario uruguayo de Punta del Este, con un grupo de turistas, en una excursión, y entra a probar suerte, con unas fichas de cortesía, en un gran casino: el San Rafael. Luego sabremos que Malena se ha camuflado en este grupo, pues ha estado buscando a su padre por Buenos Aires y Montevideo y alguien le ha dado la pista de que Anselmo, tal es el nombre del aventurero y seductor que la engendró, trabaja en ese garito. Al entrar en las salas descubre rápida-

mente que uno de los elegantes hombres del casino que atiende las mesas de juego es, con los cambios que hacen los años, su padre. Malena sufre una fuerte emoción que la hace trastabillar y, por azar, pone las fichas en unos números en el tapete de la ruleta, resultando ganadora de manera absurda. Viene luego el reconocimiento y el enfrentamiento lógico con Anselmo, las recriminaciones y una relativa reconciliación posterior. Malena le sale con la historia de que ha ido a buscarlo porque Rosalba, su madre, está muy enferma y requiere una operación urgente, para la que hace falta una suma de dinero de la que la familia no dispone y que él, por el antiguo vínculo y por la falta de solidaridad durante la crianza de la muchachita, debe ahora asumir. El hombre se ofusca, patatea, rezonga y acaba diciéndole a su hija que puede facilitarle algo más de mil dólares, como para salir del paso. Es después de un asado en una cabaña en la playa con varios compañeros de trabajo de Anselmo cuando a nuestra protagonista se le ocurre la gran idea: timar entre todos al casino. Al comienzo Anselmo se ofende, niega de plano toda posibilidad de hacerlo, pero va ablandando hasta que comienzan a planearlo todo con rigor. Uno de ellos lleva hasta la cabaña de la playa una ruleta y comienza a darle clases a Malena de cómo es el asunto. Los cuadrantes, las puertas, en qué lugar poner las fichas para protegerse o al menos no perder mucho, de qué manera se harán los guiños para que ponga las fichas en los números establecidos con anterioridad y en el que ha de caer la bolita para alzarse con una buena suma. El otro, El Mago, quien no desmerece para nada su remoquete, es un genio para darle el efecto a la pequeña esfera y hacer que caiga en la casilla que él quiera. Lleva muchos años en el oficio, y justamente el casino lo ha contratado para que maneje la ruleta y evite mayores pérdidas para la casa. Pero las clases no son sólo de cómo jugar a la ruleta. También le enseñan cómo comportarse con clase y naturalidad, qué ademanes debe

asumir, y le dan además un dinero para el corte de pelo y el maquillaje en la peluquería más famosa del balneario y para comprar el traje y los accesorios para la noche señalada. En medio de todos estos preparativos, Malena ha iniciado una coquetería sutil con Julián, uno de los miembros de la tropa del casino. Llega la noche. Todo está preparado paso a paso, pero, obviamente, no faltan los detalles que hacen que el libreto sufra modificaciones de última hora. Nuestra amiga, de los puros nervios, se pasa de copas y por poco la embarra. Sin embargo, al final de la jugarreta, Malena le gana al casino una suma interesante. El gerente desconfía, trata de enredarle el pago, pero nada puede hacer. Malena, una vez repartidas las ganancias entre la banda, regresa a su San José de los Vientos o de los Infiernos y vuelve a llevar su deplorable vida provinciana, con un empleo en un banco, un noviecito insípido y mofletudo, con su madre resentida e hipocondríaca. Ya nada de su vida pasada le hace gracia. Ya ella conoce mundo, sabe que es atractiva, conoce muy bien la elasticidad de sus límites morales y éticos. Su padre la llama varias veces para preguntar por los resultados de la supuesta operación de Rosalba. Pero no sólo llama Anselmo; también Julián comienza a llamar, y lo que allá eran escarceos ahora, vía telefónica, se vuelve una pasión desbordada. Malena renuncia a su trabajo, bota a su novio y, junto con Mimí, su mejor amiga, deciden que van a montar un bar. Una idea comienza a rondarla: ¿por qué no volver a hacer lo del casino, pero mejor hecho, para esta vez sí sacar una cifra que garantice del todo un porvenir? Llama a la gente de Punta del Este y todo el mundo le dice que está loca, que una vez se puede hacer, pero que ya dos veces significa "pasar la vejez en una celda vestidos de cebras". No importa qué opinen sus compinches, ella se las ingenia para persuadirlos y cualquier día viaja a Buenos Aires, donde es recibida a escondidas por Julián para consumir su amor aplazado y seguir ca-

mino a Punta del Este para organizar en todos sus detalles la gran estafa. Decide hacerse entonces unos cuantos retoques en la cara y en el cuerpo, pasando por las manos de un famoso cirujano plástico que hará de ella una mujer distinta de la que ya ganó una buena cantidad al casino anteriormente. Luego recibe lecciones de *black jack* y de punto y banca para tener distintas alternativas de juego una vez llegue la hora. Dejemos hasta ahí el recuento de la trama de esta novela, pues no me parece justo con el autor ni con el lector hacer la patanada de adelantarles el final. Digamos, en todo caso, que el novelista sabe salir airoso en el desenlace de los hechos. Cabe agregar que Malena tiene ciertas veleidades literarias y que lleva un diario —que aparece en bastardilla intercalado en el texto—, en el que anota todas sus impresiones acerca de los hechos que van sucediendo. El recurso no es del todo nuevo, pero logra darnos una parte que faltaría a la narración: esa voz interior que es el resorte que impulsa todas las determinaciones tomadas por Malena.



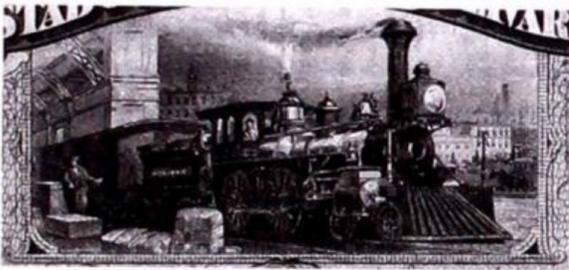
En mi modesto criterio, *Malena* —llamada así como homenaje al tango de Homero Manzi— es una novela lograda. Lograda sobre todo porque sabe mantenernos interesados en los acontecimientos, en los hechos que relata, y porque cumple con una regla de oro de toda literatura: sabe ser entretenida. Méndez Camacho imprime la suficiente ten-

sión para que el lector se interese y no abandone su lectura. La prosa fluye con gran naturalidad, su forma de intercalar los capítulos, los diálogos y los tiempos es de una habilidad que uno realmente desconfía de que sea su primera novela. Es probable que el autor tenga otras obras guardadas en una gaveta, como tantas veces ocurre. Se nota, en todo caso, que no es la obra de un principiante ni en la vida, ni en la escritura, ni mucho menos en el juego. Su conocimiento en ese aspecto es asombroso: no sólo conoce el ámbito de los casinos a la perfección, la psicología de los jugadores —la de los ganadores y la de los perdedores—, sino que conoce el otro lado, el de los crupieres y el de los talladores y el de los dueños de los casinos... Pero debemos anotar que a la tensión y al azar del juego, Méndez Camacho agrega el azar del delincuente, del timador, llevando la psicología del jugador a extremos paroxísticos. Las cavilaciones que a través de sus personajes hace el autor sobre el juego, inevitablemente hacen que venga a nuestra memoria Alexéi Ivánovich, el inolvidable personaje de Dostoievski. En cada página el lector suma a la fiebre del juego el ardor de otra apuesta, convirtiéndose a la postre en una metáfora del delirio de vivir. Porque Méndez es un autor vital, un poco al estilo de cierto Henry Miller, descarnado y rudo, que no está para dorarle la píldora a nadie y que tiene muy claro cuáles son las reglas de ese juego, entre divertido y macabro, que es la vida.

No sé si Méndez Camacho conozca una novela del argentino José Pablo Feinmann, *Ni el tiro del final*, pero encuentro alguna cercanía en las narraciones y en la forma de asumirlas. Es la historia de unos timadores desastrados deambulando por las poblaciones en los alrededores de Buenos Aires, echando mano de lo que resulte, en medio de traiciones y deslealtades, para poder vivir.

En cuanto a la edición hay que decir que es una edición bonita, que las líneas para separar párrafos entre los capítulos con tréboles, o picas o corazones de baraja es una idea bastante acertada, pues son discre-

tas, apenas perceptibles. Tal vez habría que anotar que los correctores de las editoriales suelen ser demasiado acuciosos. Por ejemplo, en la página 189, estando Malena en cita con el cirujano plástico, éste le explica en qué consisten las operaciones y las incisiones que va a hacer en su cuerpo, y al llegar a los senos habla de un corte en la "aureola", en vez de areola, como con toda seguridad escribió Méndez Camacho, pues él conoce el cuerpo femenino, y la palabra exacta para designar cada uno de sus rincones. Aunque, claro, *jel seno es vaso santo!*



No es improbable que *Malena* llame la atención de algún director y que sea llevada al cine. Tiene todos los elementos para que se haga una buena película. Por lo pronto podemos decir que es de ese tipo de libros que uno disfruta con gran placer, echado en una hamaca, oyendo el tintineo del hielo dando vueltas en el vaso de jugo de toronja con ginebra, mientras las libélulas revolotean rozando la superficie de la piscina. Nada mal como plan.

FERNANDO  
HERRERA GÓMEZ

## Colombiano traducido al colombiano

### Luna latina en Manhattan

Jaime Manrique

Alfaguara, Bogotá, 2003, 244 págs.

Santiago Martínez Ardila, el protagonista de esta novela, es un escritor colombiano que vive desde hace

años en Nueva York, en un pequeño apartamento en Times Square, con su gato Mr. O'Donnell. Su madre es una barranquillera entrada en años que decidió inmigrar con él y con su hermana cuando éstos eran adolescentes. Ahora ella vive en una buena casa —que le regaló Víctor, su marido, quien tiene la enfermedad de Alzheimer— en Jackson Heights, en el muy colombiano sector de Queen's, y tiene un loro llamado Simón Bolívar. La hermana de Sammy (así lo llama su familia) canta tangos de Gardel en un cabaré y tiene un hijo adolescente. Por los días del verano en los que sucede la historia, está de vacaciones, obsesionado con comprar una moto, con lo que habrá de ganar en un trabajo temporal "haciendo entregas". Alrededor de este esquema básico se teje esta historia en la que son fáciles de advertir los ingredientes autobiográficos y en los que se percibe algo así como —y no lo digo de manera peyorativa— un nuevo costumbrismo colombiano. Lo que sucede es que desde Vergara y Vergara, a nuestros días, las costumbres son muy otras. Sammy, quien escribe un largo poema sobre Cristóbal Colón desde hace años, visita a unas amigas colombianas de su madre, señoras que bordean los sesenta años, todas con pretensiones literarias, que tienen una revista o un periódico de chismes sobre los colombianos en los Estados Unidos y que al mismo tiempo forman parte del Parnaso Colombiano, una asociación literaria de un nivel tan dudoso como el gusto de sus integrantes en lo que a indumentaria se refiere. La cosa tiene su alto grado de comicidad, pues las señoras, a medida que van tomando aguardiente, comienzan con la recitadera de poemas antes de pasar a los tamales hechos en papel de aluminio. Después de la tertulia con las poetisas, Sammy visita a un amigo que agoniza de sida en su apartamento. El encuentro entre los dos amigos es conmovedor y patético, pues, estando Sammy allí, el otro muere. Ellos han sido amigos desde la escuela primaria en Barranquilla —incluso al parecer,

hubo un romance adolescente— y han estado cerca a lo largo de sus vidas. Pero, aparte de esto, los ha unido el hecho de ser ambos homosexuales y sensibles a las artes. Antes de esto Sammy se encuentra con su sobrino en la calle y éste le entrega unas "películas" para que se las lleve a casa de su abuela. Resulta que una de las dichas películas está rellena de coca y que el muchachito anda metido en enredos con el narcotráfico. Las cosas se complican, los dueños de la coca quieren recuperar la mercancía que el sobrino quiere escamotearles... Por otro lado está la obsesión de la mamá de Sammy de que su hijo se case con Claudia, una amiga colombiana perteneciente a una familia de mafiosos, hasta que él, acosado, en una discusión, le dice que no va casarse con ella, pues es homosexual y ella es lesbiana. Aparece a todas estas Ben Ami, un amigo de otras épocas que entabla un romance con Salsa Picante, una prostituta minúscula que luego resulta ser policía y que vigila el comercio de drogas que hay en la calle en la que vive nuestro protagonista. Vienen luego unos episodios policíacos en los que Sammy termina convertido en héroe, pues, un poco al azar, acaba por participar en la captura de la banda dueña de la coca, buscada por la policía desde tiempo atrás. Por último, muere Mr. O'Donnell, el gato enfermo de Sammy. Durante las páginas finales comienza a aparecer un extraño personaje que baila y coquetea con él desde una ventana en un edificio cercano. La novela termina con la consumación de ese romance y con la aparición de un nuevo gatito en la vida de Santiago Martínez Ardila.

Contada así, la novela de Jaime Manrique Ardila (tal fue el nombre con el que firmó el autor sus libros antes, cuando ganó el premio Cote Lamus de poesía, o cuando publicó *El cadáver de papá*, su primer libro de cuentos, y las traducciones de poetas norteamericanos como Denise Levertov), no sería gran cosa. Sucede que hay algo en el ritmo y en una manera nueva de narrar las cosas que hacen que todos esos aconteci-